



Sombras y apariciones

Roberto Bolaño fue un caso literario y un escritor excepcional. Comenzó en la marginalidad, en la oscuridad, en una poesía lírica, y se convirtió en un cuentista y novelista central, quizás el más destacado de su generación, sin duda el más original, el más infrecuente. Me encontré con él algunas veces y estuve en su par de ocasiones, en Barcelona y en París, sentados en la misma mesa de conferencias. Era un hombre que podía reservarse y cortapasar, que discrepaba, que no le aceptaba todo de buenas a primeras, y esa actitud, supongo, esa naturaleza, mejor dicho, me parecía muchas veces evitable. En un principio de rechazo de complacencias y lugares comunes y le daba una indubitable libertad, una frescura de la visión. Ahora no sé si subía que estaba enfermo, cansado, y si se conocimiento condicionaba su conducta. Todos estamos condicionados, pero saberlo en detalle, con precisión o no, provoca una conciencia diferente, una actitud sencilla. Él tenía este tipo de actitud.

En la literatura latinoamericana reciente formaba parte de la familia de José Luis Borges y de Nicomora Parra, entre algunos otros. Era un escritor de escritores y para escritores, como Borges, y era, en seguimiento de Parra, un anticuista y un novelista. Sus textos narrativos ponían la narración entre paréntesis, ponían la ficción en sí, y a la vez creaban un suspense, pero que no se basaba tanto en los hechos por sí mismos sino en la posibilidad misma de la escritura. El escar a un precursor literario desaparecido se transformaba en la gran aventura, en el gran misterio novelesco, digno de una trama del género policial. Pero no digo que fue de este tipo, que lo fue en un doble sentido: el del auge y el del descenso, el de la cultura y la noción de detectives. En Barcelona me hizo presentar su novela *Los detectives salvajes* allá por los primeros meses de 1999. Para mí, después, en un alarde de sinceridad quizá innecesario, dije que me faltaban cincuenta páginas para terminar esa novela de más de sesenta. Él se leció los brazos a la zambra y se quedó maravillado de ser presentado por una persona que no había leído su libro. De todos modos, terminé la lectura esa noche y escribí un ensayo que no me arrepiento de haber escrito. El difícil Bolaño, a pesar de las apariencias, tenía una confusión secreta, humana. En la Casa de América Latina de París, en una mesa redonda de hace alrededor de un año, presenté varias novelas breves suyas, editadas por un sello canadiense francés especializado en "novelas en miniatura", en compañía de una escritora mexicana. Bolaño dijo que le costaba mucho hablar de una obra suya y ofreció presentarme el cambio la novela *Amor*. Nuestra colega mexicana, no se sabe exactamente por qué, entró en un estado de súbita indignación. Uno de los personajes de la historia de Bolaño era una mexicana y nuestra compatriota de mesa lo acusó en público, con insistencia, de toda clase de deformaciones y traiciones. La mesa terminó en una confusión muy divertida, con el público riéndose a carcajadas. Bolaño después tuvo la mejor crítica de Francia y empezó a ser leído en todas partes. Pero tenía mal color y una especie de resignación de resaca. Tenía mal diagnóstico. A veces me entregó detalles de su enfermedad y el asunto me dio mucha pena.

Propuse su nombre para el Premio Nacional de Literatura del año pasado y pensamos aquí en Chile que era una propuesta extravagante o prematura. Somos el país de la trivialidad literaria, del convencionalismo crítico,



Jorge Edwards

No se puede dar premios a los que ya tienen algún premio, a los jóvenes, a los que no hacen gimnasia nacional, a los exiliados o asentados. Bolaño, además de ser el mejor candidato de lejos, no era tan joven, pero vivió la costumbre criolla y universal de los nuevos, de las listas de espera. Bolaño tenía la buena costumbre, en general, de no creer en aguilados. Desconfiaba de los premios tanto como desconfiaba del Viejo Pascuero, a pesar de que en una etapa de su vida había vivido de un recurso extraordinario: mandando manuscritos a todos los concursos españoles de provincias y recogiendo ocasionales galardones por todas partes. Era un asesino y al mismo tiempo, hasta cierto punto, por necesidad, un personaje de la picaresca. Aquí descubrí un contrapunto que surgió con tradiciones más antiguas, con la del Bascón o la de la zarzuela de Tomes. En algún sentido, la prosa inesperada, ávida, llena de humor negro de Bolaño no estaba demasiado lejos de la de don Francisco Quevedo. Era más conceptista que barroco, más queves-

diuno que seguidor de Lezama Lima. Y en alguna parte, como digo, estaba la sonrisa de Borges o la caricajada escatológica de Nicomora Parra.

Lo último que leí de Bolaño son *Los cuentos católicos*, textos publicados en revistas y no recogidos aún, que yo sé, en forma de libro. Son narraciones provocativas, de pura imaginación, de una comedia por momentos desolante. Me hicieron pensar, en una asociación suelta de ideas, en relatos verbales de Nicomora Parra sobre un personaje que había insertado hace veinte o treinta años, el antirritmo. Era un niño malvado, pero de una hipocresía perfecta y que aprendió a proyectar una imagen de niño bueno, incluso de santo. En esos dos cuentos católicos, escritos en sucesiones de párrafos numerados, como algunos textos filosóficos de Wittgenstein, me encontré con lo siguiente: "A veces hundo la cabeza en las mareas y escucho a las ratas que corren por las paredes. San Vicente, dame fuerzas. San Vicente, dame templanza. 12. ¿Tú quieres ser santo?, me dijo la madre de Juanito hace dos años. Si, señora. Me parece muy buena idea, pero tienes que ser muy bueno. ¿Lo eres? Procura serlo, señora."

Escuché lo que me dijo el niño moribundo que en la ciudad de la donde viven, espacio ficticio, que parece avanzando de una evocación medieval de la pintura de Peter Bruegel, hay un reino del Moro donde se mueren los mejores de esta vida. El niño se separa de Juanito, se queda quieto bajo la nieve y después, bordeando las murallas de la antigua fortaleza, se encuentra hacia el oeste. Sube por la acera de la sombra, para que no lo reconozcan. Pronto se encuentra en una cumbre, frente a un paisaje de estrellas que parecen copos suspendidos, y está a punto de helarse.

Entonces tiene una visión: una sombra que no es una sombra sino un mouse y que parece un franciscano. Camina encima de la nieve, descalzo, y sus huellas puntiformes reflejan como una escultura de Dios. El niño, o, si se quiere, el antirritmo, llora de emoción. Quizá, como lo habría hecho el personaje de Nicomora Parra, con lágrimas de cocodrilo. El mouse camina a buen paso y el niño lo sigue lo mejor que puede. Llego a una estación de ferrocarril y ahora lleva zapatos bajo los rebeldes "delgados como cables". Compra un billete y cuando el tren aparece, salta a uno de los vagones con asombrosa agilidad.

Como que las mejores páginas de Roberto Bolaño van a quedar como expresiones de una fantasía abierta, desatada y a la vez controlada, que lo ponía todo en tela de juicio, pero que nunca daba el pretensión de un mensaje concreto, acotado, interpretable o traducible a otros lenguajes. La vida de Bolaño se pareció mucho, en definitiva, a "el qué en la mano", en fin, para citar a Stéphane Mallarmé, a su literatura. Lo decimos con algo de sorpresa y ahora que nos toca hacer el balance. A los quince años de edad, en la época de las rebeliones estudiantiles en el mundo y de la matanza de Tlatelolco, se fue a México. A



Roberto Bolaño.

comencemos de la década de los setenta regresó a Chile y parece que intentó de nuevo a la Unidad Popular contra el golpe de Estado, gesto juvenil del que ni siquiera hablaba. Faltó preso, consiguió escapar o salir con ayuda de algunos amigos y terminó en la clandestinidad en el pueblo catalán de Blanes, en las orcasas de Barcelona. Ahora anunciaba una novela-rito, 2006, sobre el tema de los asesinatos en serie de mujeres en la frontera de México con los Estados Unidos. Dijo en una entrevista que llevaba escritas "sólo mil páginas", páginas que desde luego nos gustaría mucho poder leer. Será uno de los ejemplos, con frecuencia rotundos, de sinfonías o de novelas inconclusas en la historia del arte. A propósito, sentí en algún momento, y lo sentí en escala menor, sin

ánimo de exagerar, que los paisajes urbanos de sus *Los cuentos católicos* tenían una novedosa relación con los de *El castillo*, de Franz Kafka, otra novela inconclusa, sin ni más lejos. Y el tema de la novela inédita, por otra parte, confirma que Bolaño perteneció al grupo de los escritores extranjeros que escribieron sobre México. El hijo de *Los detectives salvajes* y desde muchos de sus cuentos. Perteneció también a la categoría contemporánea, inconfundible, de los exiliados que eran en el fondo y en cualquier lugar exiliados interiores. A juzgar por sus declaraciones finales, oscilaba entre la narración breve, de estructura rigurosa, y los engrandidos novelescos más o menos monumentales. Es una forma excepcional europea, como el Finnegans wake, para citar el texto célebre y casi imposible de James Joyce, que tiene curiosas variantes en América Latina. Al comienzo decía que Roberto Bolaño fue un caso literario. Ahora, en resumidas cuentas, después de un intento de balance, me atrevo a agregar: ¿y qué caso?

Sombras y apariciones [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sombras y apariciones [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile